

Primeros pasos
Dónde estamos

Durante los años de 1989 y 1990 fuimos atosigados con ideas y frases, propaganda y sermones, editoriales y discursos, sobre los cambios maravillosos que estaban ocurriendo en Europa. Líderes de barrio, periodistas, curas, profesores rurales, anunciantes de zapatos, gendarmes y estadistas de renombre nos hablaban, con cualquier pretexto, de los cambios ocurridos en Europa como buen augurio de otros que debían ocurrir entre nosotros. Se referían a Polonia y a la heroica lucha del sindicato Solidaridad; más tarde, al derrumbamiento del muro de Berlín y de la Cortina de Hierro; al surgimiento de democracia en Europa oriental, de la Glasnost, las elecciones en Moscú, la disolución de la URSS y tantas y tantas cosas maravillosas. No cabe duda que la idea del cambio es una de las más permanentes en el hombre.

La modernidad del gobierno y el imperativo histórico de firmar un tratado de libre comercio con los Estados Unidos eran presentados como nuestra cuota dentro de la dinámica internacional. Después de analizar las metamorfosis padecidas o gozadas por la humanidad en estas postrimerías del siglo xx, no veo la conexión entre un grupo de pueblos que logran zafarse de la hegemonía de un país poderoso y el afán local

de anexarnos a la poderosa hegemonía norteamericana; tampoco veo relación entre un avance de la ciencia que permite la aldea global, es decir, la posibilidad de saber en Tajimaroa los acontecimientos del mundo y la propuesta contraria de que las aldeas deben desaparecer para comprar sólo lo que se produzca en Detroit o en Alberta. No veo concordancia en el hecho de que por haberse disuelto un bloque mundial —la URSS— nosotros abriguemos el propósito de formar otro bloque —el nor-continental— como una ciudadela en guerra económica contra los demás. Por eso me pregunto: ¿de qué cambios estarán hablando para justificar lo contrario de lo que estamos contemplando?

Yo diría que nos conmovió el espectáculo de la libertad centroeuropea porque ella se logró con un mínimo de sangre mártir. La de Polonia en diez meses y la de Alemania en diez semanas, la de Hungría en diez días y la de Checoslovaquia en diez horas, según la frase simplificadora de alguno. Tal vez todos sabíamos inconscientemente que éste ha sido el siglo más catastrófico de la historia del hombre; que hemos tenido guerras y matanzas que, en un solo siglo, superan las bajas que hubo en todas las guerras de los últimos 2 mil años. Tan sólo en los meses de septiembre y octubre de 1948, con motivo de la independencia de la India, hubo unos diez millones de muertes en la lucha entre hindúes y musulmanes (más que en toda la Guerra de los Cien Años). Esa crueldad del siglo nos hacía temer por un desenlace atómico de la guerra fría, la “solución final” para la humanidad entera; de suerte que, cuando los tanques soviéticos no dispararon sobre la multitud, cuando esos países se liberaron y la URSS se disolvió, la humanidad dio un suspiro de alivio y nos sentimos convidados a anunciar cuanta esperanza o deseo teníamos

en la guantera. Más que un ejemplo, el cambio se convirtió en una coartada.

Pero los grandes cambios de este siglo no sólo están ahí, sino en la aceleración de la historia; en la destrucción despiadada del planeta; en la explosión de los conocimientos; en la internacionalización de las drogas y de las finanzas; en el agotamiento de muchos recursos naturales; en la pérdida de ideologías, de valores y tradiciones de occidente, simultánea al despertar del fundamentalismo musulmán. Los cambios están en los movimientos masivos de refugiados que buscan asilo político y económico, en el derecho de injerencia que *Medicins du Monde* está tratando de establecer como una caridad global; en el advenimiento de un mundo unipolar con los Estados Unidos como guardián, etcétera.

La aceleración de la historia es la condensación de los grandes eventos en rebanaditas de tiempo cada vez más chicas, fenómeno respecto al cual me permito llamar a un testigo:

¿De dónde procede esta aceleración? Sin duda del progreso técnico que marcha a un paso tal que los hombres apenas si tienen tiempo de registrarlo, menos aún de calcular sus consecuencias. Casi no han tomado conciencia de las nuevas condiciones cuando ya éstas caen en el pasado para hacer lugar a otras más recientes. Al mismo tiempo, la reducción del planeta por el progreso de las comunicaciones multiplica, intensifica, acelera, las interacciones de las masas, de los pueblos, de las culturas. La reacción universal sigue instantáneamente a la acción y provoca, a su vez, nuevas reacciones. La tierra se achica. El tiempo se reduce. La historia se acelera.¹

¹Joseph Folliet, *Advenimiento de Prometeo*, Ediciones Criterio, Buenos Aires, 1954.

Lo importante del testimonio es que fue publicado hace cuarenta años en la ciudad de Lyon, Francia, por el presidente de las Semanas Sociales de Francia. En consecuencia, debemos señalar que esa aceleración nos obliga a actuar con el sistema de ensayo y error, sin el auxilio de la reflexión. Para los prohombres de México y Estados Unidos, esta aceleración excusa la prisa febril que tenían de perfeccionar un tratado comercial antes de que Bush saliera o dejara de salir electo, sin pensar que nos amarran *usque ad consumationem tempis* (hasta la consumación del tiempo) porque, como dijo la negociadora Carla Hills, en cita textual de la prensa, "los Estados Unidos y México son vecinos... y lo serán por mucho tiempo."

Pequeña y gran ciencia

Otro de los cambios que no siempre alcanzamos a entender es el avance de la ciencia pura, de la investigación práctica y de la tecnología aplicada. El círculo científico norteamericano distingue entre la gran ciencia y la pequeña ciencia. La gran ciencia es costosa, implica grandes instalaciones y numeroso equipo humano que trabaja con instrumentos delicados y costosos, como los aceleradores nucleares, los barcos oceanográficos, los radiotelescopios y los satélites geosincrónicos. La pequeña ciencia implica poco personal y poca inversión, siendo su ejemplo extremo el del matemático que trabaja con su calculadora, su papel y su lápiz; o el de quien, con reactivos simples, analiza pacientemente la baba del nopal o los jugos del agave. Aunque parece secundaria, la pequeña ciencia fue la que descubrió los superconductores que hoy son una industria gigante.

La sabiduría de la pequeña ciencia radica en estar más cerca del medio ambiente que se estudia, a veces con el excéntrico solitario de cuello raído y zapatos sin asear, pero más en su vecindario.

En esa vorágine de descubrimiento y aplicación estamos cometiendo el error de querer tecnología de punta en todas las cosas, no sólo en medicina o comunicación, sino en cierta producción fabril que aquí no tiene mercado. En el futuro, gracias a un tratado que protege la propiedad intelectual como mercancía, daremos la espalda a la tecnología rudimentaria de los incas que saben conservar la papa o de los japoneses que saben alimentarse de soya, para depender, por contagio fronterizo, de la gran tecnología norteamericana. Con el tratado, aunque se diga lo contrario, estamos abriendo las puertas a una sola tecnología y cerrando las ventanas a todas las demás, sin ningún juicio técnico, sólo por obediencia económica. Reconozcamos el ingenio y la habilidad de los estadounidenses para resolver problemas en forma sorprendentemente sencilla; lo admito y lo admiro, pero el cerrar posibilidades a una técnica intermedia o adecuada, tomada de la India, de Hawai o de España, puede ser la pérdida de un filón de consejos eficaces, mientras llegamos a la gran ciencia.

El avance de los conocimientos también nos lleva a los dilemas de la bioética. La investigación genética permitiría elevar la producción agrícola con semillas resistentes a la peor sequía, gramíneas que se adapten a suelos arcillosos, ganado resistente a virus y enfermedades; pero también puede fabricar anticonceptivos afrodisiacos que nos hagan el doble servicio. También puede "crear pilotos con reacciones más rápidas y trabajadores de líneas de ensamble, adaptados neurológi-

camente para hacer el trabajo monótono por nosotros".² Esta posibilidad, que nos horrorizó cuando Aldous Huxley publicó su *Mundo feliz* (*Brave New World*) en 1936, hoy se contempla como una posibilidad real en la ingeniería genética y de gran beneficio económico.

En cuanto al aprovechamiento del avance tecnológico hay dos tendencias; una, que predomina entre los norteamericanos que han invertido para descubrir tales maravillas, defiende la idea de que "si se vende, fábricalo; si lo fabricas, véndelo". La otra, que predomina en Europa, consistiría en implementar un control en manos de hombres de ciencia. En 1991 medio centenar de científicos de todo el mundo, entre ellos una docena de premios Nobel, crearon el Instituto Mundial de Ciencia —presidido por un matemático francés— con el propósito de

poner la marcha científica al servicio de la sociedad... vigilar de manera activa las consecuencias humanas de la obra científica... (y) esclarecer a quienes toman las decisiones ayudándolos a prevenir los peligros de tal o cual descubrimiento.

Para alcanzar esos objetivos, el IMC difundirá informaciones científicas "tan objetivas como sea posible". Descartan por principio que la mercadotecnia sea el amo de la ciencia.

Si planteamos la disyuntiva respecto al uso de ciencia en nuestro país, debemos decidir si la ponemos en venta al mejor postor —como lamentablemente ocurre en los Estados Unidos, esperando que la mano invisible de Adam Smith encuentre el uso más adecua-

²Alvin Toffler, *The Third Wave*, Bantam Books, New York, 1980.

do— o aceptamos un comité científico que resuelva cuáles descubrimientos pueden comercializarse y cuáles serían de uso restringido.

Ante esa disyuntiva es más sano y moral que no sea el criterio comercial el que impere. Si existe en el acuerdo de comercio una protección de propiedad intelectual para su mejor aprovechamiento mercantil puede conducir a la compra-venta de adelantos genéticos en la que los hijos pudientes estarán superdotados y los proletarios seguirán desnutridos.

Ecología y comercio

Otro de los fenómenos exclusivos de este siglo es la destrucción del planeta. Los soviéticos para cumplir sus planes quinquenales y los capitalistas para cumplir sus rendimientos en la Bolsa han hecho un enorme daño, difícilmente reparable, a la casa donde vivimos; éstos, porque comprar e instalar equipos anticontaminantes de suelo, agua y aire encarecen los productos y se pierde competitividad, y aquéllos por no echarse de cabeza ante el ministerio soviético de planificación. Así, capitalistas y comunistas han contaminado el Danubio, el Mississippi y el río Amarillo; han convertido en fosa séptica el golfo de México y el mar Báltico; destruido la tierra fértil a un ritmo de colisión con el aumento de la población mundial y arrasado la Amazonia a razón de 160 hectáreas por minuto!

Superficialmente visto, un tratado de libre comercio —al darnos mayores ingresos— ayudará a resolver los problemas de contaminación. Gracias al gas butano de los gringos en nuestros motores volveremos a ver el cielo azul sobre el valle de Anáhuac. Gracias al aumen-

to del comercio —si es que se produce— tendremos ingresos para conceder créditos fiscales anticontaminantes a muchas industrias que no pueden hacer el gasto, y así como ésa otras promesas cautivadoras.

En este sentido, el problema de las maquiladoras fronterizas es un mal antecedente. Las matrices están obligadas a llevarse toda su producción y todos sus desperdicios —tóxicos o reciclables—; sin embargo, con el disimulo pagado a las autoridades, se dice que están contaminando la franja fronteriza, tirando ácidos y tóxicos donde quedan fuera de la vista pero no del daño.

Un peligro adicional es que algunos grupos ecologistas norteamericanos están ejerciendo un nuevo “derecho de injerencia ecológica” contra nuestro país. Se dedican a ver la paja en el ojo ajeno, declaran boicot y nos excluyen de algunos tratos comerciales. Son más intransigentes que el GATT, más perfeccionistas que los de Green Peace, y mientras más dependamos de su comercio más pueden usar las razones “ecológicas” para proteger intereses mercantiles.

Por razones realmente ecológicas uno puede oponerse a un sistema mundial de comercio porque la producción para mercados regionales, de comarca o de aldea se hace con bajo gasto de energéticos y baja contaminación. En cambio, acarrear productos a largas distancias exige muchos combustibles y eso ayuda al envenenamiento del aire.

Un ejemplo sobre el que hemos de insistir es el de la ciudad de México, aposentada en la cumbre del altiplano. Su altura obliga a subir miles de toneladas diarias de alimentos y de agua con un gran costo ambiental porque, además, se usan recursos no renovables.

Con el tratado trilateral se intenta, según dicen, que los yucatecos exporten a Yale o los de Nueva York

vendan a los de Nueva Rosita, que todos los productos se arrastren miles de kilómetros acicateados por una falsa baratura del combustible, que nosotros los mexicanos no podemos refinar en suficiencia. Nadie ha podido fabricar petróleo y el usar combustible de maíz significaría consumir menos nutrientes en muchas regiones de la geografía mundial del hambre.

Esto puede parecer una exageración pero, más pronto o más tarde, ante la pinza de un ambiente que cada día se envenena más y un recurso que se agota, nos veremos obligados a fomentar la industria regional, como la que existe en cientos de pueblos, villas y burgos de Francia y Alemania, dejando para el comercio global aquellas cosas que realmente no podamos elaborar en mercados regionales.

Los molinos de viento

Hemos repasado algunos de los cambios que le han dado fisonomía a las postrimerías del siglo xx. Los cambios triunfales de cinco naciones europeas no son realmente una recomendación a sumergirnos en la economía más poderosa del mundo, sino a conservar una apertura a los cuatro vientos y los cinco continentes.

En realidad no hay más que un gran bloque, la Comunidad Europea, que está basada en la unidad histórica interna y no en el comercio mundial. Ese bloque, que dependió durante años del patrocinio norteamericano, ha retomado su lugar y es a ella a la que se está agrediendo con la fortaleza nor-continental americana; el Japón se vale por sí mismo y la ex Unión Soviética se ha desmembrado. No nos engañemos, en 1992 no hay bloques económicos como se nos quiere hacer creer,

excepto la Europa restaurada, que es mucho más que un mercado.

Esa falsa perspectiva nos induce a la amalgama para enfrentar bloques de enemigos económicos que aún no existen pero que existirán... precisamente porque nosotros asestamos el primer golpe.

Las posibilidades tecnológicas permiten el mercado global pero los daños ecológicos recomiendan la producción regional; recordemos que lo pequeño es posible en la técnica y necesario en la ecología, hagamos el gran esfuerzo en el sentido correcto.

Además, si durante muchos años de guerra fría mundial este país mantuvo una política de no someterse a ninguna de las dos hegemonías en pugna, me resulta inexplicable, casi repugnante, que apenas ocho meses después de la defunción de la URSS nos apresuremos a fortalecer, con nuestra modesta economía, la política unipolar, hegemónica, de los Estados Unidos. Puede ser una conveniencia económica, pero parece una cobardía política.